

del pueblo; antes parecían ser exacciones sobre un país enemigo que un tributo legítimo impuesto sobre vasallos. No teniendo ya los Portugueses nada que perder, y no pudiendo esperar fin ni alivio á sus miserias sino en el cambio del estado, pensaron en sacudir una dominación que les había parecido injusta y que ya era tiránica é insoportable (1).

Margarita de Saboya, duquesa de Mantua, gobernaba entonces el Portugal en calidad de vireyna; pero este era un título de puro brillo al cual la corte atribuía un poder muy limitado. El secreto de los negocios y casi toda la autoridad estaban en las manos de Miguel Vasconcellos, Portugués que ejercía las funciones de secretario de estado cerca de la vireyna, pero que en realidad era ministro absoluto é independiente. Este recibía directamente las órdenes del Conde-Duque, de quien era hechura, y al cual se había hecho agradable y necesario por su habilidad en extraer incesante.

(1) *Lusitania liberata*, l. 3, c. 1.

mente sumas considerables del Portugal, y por un espíritu de intriga con que lograba sus más secretas intenciones. Este hombre hacía nacer disensiones y enemidades entre los grandes del reyno, fomentándolas hábilmente por medio de gracias y distinciones afectadas que hacían tanto más placer á los que las recibían, cuanto que excitaban el odio y los zelos de los otros. Estas divisiones que se mantenían entre las principales casas, hacían la seguridad y el reposo del ministro, que se persuadía que mientras estuviesen los gefes de estas casas ocupados en satisfacer sus rencores y venganzas particulares, no pensarían en emprender nada contra el gobierno.

No había en todo el Portugal nadie que pudiese dar alguna inquietud á los Españoles, sino el duque de Braganza. Era este príncipe nacido con un carácter suave y agradable, pero un poco perezoso; su talento más recto que vivo; en los negocios iba siempre al punto principal, y penetraba fácilmente las cosas á que se aplicaba, mas

no gustaba aplicarse. Su padre, el duque Teodosio, que era de un temperamento impetuoso y lleno de fuego, habia tratado de dejarle como por sucesion todo su odio contra los Españoles, y le habia hecho mirarlos como los usurpadores de una corona que le pertenecia : habia hecho lo posible para inspirarle toda la ambicion que debe tener un príncipe que podia esperar el rescate de su corona, y todo el fuego y valor necesario para intentar tan alta y arriesgada empresa (1).

Don Juan, á la verdad, habia tomado los sentimientos de su padre, pero solamente los habia tomado en el grado que le permitia su natural tranquilo y moderado. aborrecia á los Españoles, pero no hasta el extremo de tomarse mucha pena para vengarse de su injusticia. Tenia ambicion y no desesperaba de subir al trono de sus antepasados, mas no tenia para ello una impaciencia tan grande como habia manifestado el duque Teodosio, y se contentaba con

(1) Caetan. Passar. de *Bello lusit.*, l. 1.

no perder de vista el proyecto, sin exponer inoportunamente por una corona muy incierta, una vida muy agradable y una fortuna tan brillante como puede desearla un particular.

Es constante que si hubiese sido precisamente tal, cual le habia deseado el duque Teodosio, de ningun modo hubiera sido á propósito para conseguir sus fines; pues el Conde-Duque le hacia observar tan de cerca que si su vida holgazana y voluptuosa hubiera sido efecto de su habilidad, se le hubiera bien pronto penetrado, y allí hubiera concluido su reposo y su fortuna; la corte de España no le hubiera sufrido jamas tan poderoso, ni permitido que pasase su vida en su pais.

La política mas fina no le habria hecho tener una conducta mas prudente para con los Españoles, de la que observaba por una inclinacion natural. Su nacimiento, sus bienes y sus derechos á la corona, no eran crímenes, pero, segun las leyes de la política, era bastante criminal pues que era te-

mible; no se le ocultaba nada de esto, sabia que solo podia tomar un partido y le tomó acertadamente tanto por razon como por inclinacion. Para minorar su crimen, es decir, para parecer menos temible, y por consiguiente hacerse menos sopechoso á los Españoles, era necesario que no se mezclase en ningun negocio, y que pareciese solamente ocupado en los placeros y diversiones; é hizo perfectamente este personage. No se veía en Villaviciosa, morada ordinaria de los duques de Braganza, mas que fiestas, cazerías y gentes propias á fomentar los placeros de una deliciosa campaña; en fin, parecia que la fortuna y la naturaleza habian conspirado, la una, para darle las calidades proporcionadas á aquellas circunstancias, y la otra, á disponer los negocios de manera que pudiese hacer valer sus calidades naturales. Con efecto, no eran estas bastante brillantes para hacer temer á los Españoles que pretendiese un dia hacerse rey; pero eran bastante sólidas para dar á los Portugueses la

esperanza de un gobierno suave, prudente, y lleno de moderacion, si ellos querian tomar por su cuenta el hacerle su soberano.

No podia su conducta causar sospecha alguna; pero un suceso que poco antes habia acontecido y en el cual ninguna parte tenia, habia principiado á hacerle un poco sospechoso á los ojos del primer ministro. El pueblo de Evora (1), reducido á la desesperacion por algunos nuevos impuestos, se habia sublevado; y en el acaloramiento de la sedicion, habíanse escapado á los mas exaltados, algunos votos públicos por la casa de Braganza, mezclados á las quejas contra la tiranía de los Españoles. Conocióse entónces, aunque tarde, la falta que habia cometido Felipe II contra sus verdaderos intereses, al dejar en un reyno recién conquistado una casa tan poderosa, y cuyos derechos á la corona eran tan evidentes.

Esta consideracion determinó al consejo de España á asegurarse del duque de Bra-

(1) Caet. Passar., l. r.

ganza, ó al menos á alejarle del Portugal. ofreciósele el gobierno del Milanés, que rehusó exponiendo que no gozaba bastante salud ni bastante conocimiento de los negocios de Italia para desempeñar un empleo tan difícil é importante.

(1) El Ministro hizo como que entraba en sus razones, pero buscó un nuevo medio para atraerlo á la corte, sirviéndose de pretexto para comprometerle á hacer este viage, el que el rey debía emprender para las fronteras de Aragon para castigar la sublevacion de los Catalanes. Escribióle exortándole á venir á la cabeza de la nobleza de su pais, para unirse á las tropas de Castilla en una expedicion que no podia menos de ser gloriosa, y donde mandaria el rey en persona. El ministro de España, para debilitar la nobleza portuguesa habia hecho publicar un edicto del rey Felipe IV que ordenaba á todos los hidalgos viniesen inmediatamente al egército destinado contra los Catalanes, bajo pena de perder todos

(1) Mayo 1640.

sus feudos dependientes de la corona; y se lisongeaba que el duque de Braganza, como condestable nato del Portugal, no podria dispensarse de marchar en esta ocasion; mas como el duque estaba alerta contra todo lo que venia de la corte, descifró fácilmente el artificio y suplicó al ministro presentase al rey sus excusas, fundándolas en los exorbitantes gastos que su nacimiento y su clase le obligarian á hacer, y la imposibilidad en que, segun decia, se hallaba.

Estas repetidas repulsas comenzaron á alarmar al ministro, que á pesar de la idea que se habia formado del humor tranquilo y pacífico del duque de Braganza, temió no le hubiesen hecho apercibir de los derechos que tenia á la corona, y que la tentacion de reynar en su pais pudiese mas que toda su inclinacion por la tranquilidad.

Conociendo cuan importante era para el rey el apoderarse de la persona de este príncipe, no perdonó ningun medio para conseguirlo; mas como era entonces expuesto el valerse abiertamente de la fuerza,

á causa del afecto que habian tenido siempre los Portugueses á la casa de Braganza, resolvió deslumbrarle á fuerza de halagos, y atraerle por medio de las apariencias de una amistad sincera y de una confianza perfecta.

La España y la Francia estaban en guerra, la flota francesa habia asomado en las costas de Portugal y esto proporcionó al ministro un pretexto favorable á sus designios. Necesitábase en este reyno un general para mandar las tropas destinadas á la defensa de las costas donde los Franceses podrian hacer algun desembarco; envióle los despachos, acompañados de tantos adornos y revestidos de una autoridad tan absoluta, tanto para fortificar las ciudades que lo necesitasen, como para aumentar ó cambiar las guarniciones, y disponer de los buques que se hallaban en los puertos, que parecia poner todo el reyno en su poder, por medio de una ciega confianza. Habia mandado al mismo tiempo una orden secreta á Don Lope de Osorio que mandaba la flota española, para que

entrando en el puerto donde se hallase el duque, como si el temporal le hubiese obligado á refugiarse al cruzar aquellos mares, le atrajese á bordo de su escuadra dándole alguna fiesta, y lo llevase inmediatamente á España. Mas la fortuna lo dispuso bien diferentemente; una tempestad sorprendió al almirante español, hizo perecer una parte de sus buques, y dispersó el resto sin que pudiese arribar á Portugal.

Este mal resultado no desmayó al Conde Duque; parecíale que solo la fortuna y la casualidad habian podido salvar al duque de Braganza que no podia menos de haber sido arrestado si Don Lope hubiese podido desembarcar en los puertos del reyno como se habia proyectado: Volvió su artificio hácia otro lado: escribió al príncipe en unos términos llenos de la mas íntima confianza, y como si dividiese con él el ministerio y el gobierno del estado. Lamentábase, en su carta, de la desgracia acaecida á la armada precisamente en un

tiempo en que los enemigos eran muy temibles; que habiendo perdido esta fuerza que cubria las costas de Portugal, el rey deseaba que visitasen exactamente todas las plazas y puertos de este reyno donde los Franceses podrian intentar algun insulto, enviándole al mismo tiempo un libramiento de cuarenta mil ducados para levantar algunas tropas, si fuese necesario, y subvenir á los gastos de su viage. Sin embargo, los gobernadores de las ciudades, que eran la mayor parte Españoles, tenian la órden secreta de asegurarse de su persona, si encontraban ocasion favorable, y de hacerle pasar inmediatamente á España.

El duque de Braganza, que hallaba todas estas demostraciones de confianza demasiado solícitas, y poco conformes con la conducta ordinaria del ministro para que fuesen sinceras, desconfió de ellas, y le hizo caer en el mismo lazo que le tendia: escribióle asegurándole que aceptaba, con el mayor placer, el empleo de general que

el rey le habia confiado, y que esperaba justificar la eleccion con su zelo y aplicacion por el servicio, y merecer la gracia con que se le habia honrado. Sin embargo como ya comenzaba á conocer que no le seria imposible subir al trono de sus mayores, se sirvió del poder de su comision para colocar sus amigos en los empleos y en las plazas donde pudieran ser útiles algun dia, empleó el dinero de la España en hacerse nuevos amigos, y andubo siempre tan bien escoltado al hacer la visita de las plazas, que hizo perder la esperanza formada de hacerse dueño de su persona.

La autoridad con que se le habia revestido, hacia murmurar á toda la corte de España, que no conociendo las razones del ministro, porque solo el rey las conocia, querian hacer sospechosa su conducta, como aliado de la casa de Braganza. Decian que era una imprudencia el confiar toda la autoridad de general de las tropas de Portugal á un hombre que podia tener pretensiones demasiado elevadas sobre este reyno; ue esto era armar sus derechos, y expo-

nerle á la tentacion de volver las armas contra su soberano; pero el rey se confirmó mas en la resolucion al ver cuan lejos estaban de penetrar su secreto. El duque de Braganza, favorecido con su nuevo empleo, recorrió libremente todo el Portugal, aprovechando su viage para hechar los primeros fundamentos de su elevacion; llevaba un magnífico tren que llamaba la atencion de los pueblos por donde pasaba; escuchaba á todo el mundo con agrado y bondad; reprimia la insolencia del soldado al paso que colmaba de elogios á los oficiales, y los ganaba con todas las recompensas que estaban á su alcance. Su corteza encantaba á la nobleza, á la que recibia con distinciones obsequiosas segun el mérito y la clase de cada uno; en fin, extendia los bienes por donde quiera que pasaba, y se adquiria mas amigos por las gracias que se esperaban de él, que por las que entonces hacia, de modo que los que le veian, y hacian votos por su fortuna, solo creian desear la suya propia.

Nada olvidaban por su parte los parti-

darios de este príncipe para establecer su reputacion; Pinto Ribeiro, mayordomo de su casa, era el que mas eficazmente trabajaba en dar el movimiento á los negocios y en reducir en un plan exacto las miras que tenia por la grandeza de su señor. Era un hombre activo, vigilante, consumado en los negocios, y que tenia una violenta pasion por la elevacion del duque, sin duda porque se lisongeaba de tener un dia mucha parte en el ministerio si podia venir al cabo de hacerle reynar. El príncipe le habia confesado varias veces que aprovecharia con gusto una ocasion que pudiese colocarle sobre el trono, pero que no estaba resuelto á intentar esta empresa como un simple aventurero que no tubiese nada que perder; que sin embargo, podia ir preparando los ánimos, y adquiriéndole nuevos prosélitos, con tal que no le comprometiese á él en nada, y que no apareciese tener parte alguna en lo que pudiese contratar.

Hacia mucho tiempo que Pinto traba-

jaba en Lisboa con mucha aplicacion en reconocer los descontentos y en crear otros nuevos; extendia quejas secretas contra el gobierno, una veces con acaloramiento, y otras con maneras mas recatadas, segun el carácter y la calidad de las personas con quienes se hallaba; mas el odio que tenian los Portugueses á los Españoles era ya tan general, que no se necesitaba de esta precaucion, y no habia Portugués que no fuese capaz de guardar un secreto que tubiera por obgeto la pérdida de un Español. Pinto recordaba á las personas de calidad, los empleos honoríficos que habian poseido sus familias en otros tiempos, cuando el Portugal estaba gobernado por sus príncipes naturales; mas nada resentia tanto á la nobleza, como el bando decretado por el rey para pasar á Cataluña, cuya expedicion les era pintada por aquel como un destierro del cual no volverian tan pronto, que, ademas de los muchos gastos, tendrian que sufrir las altanerías de los Españoles, y que teniendo la política

de España un secreto interes en perder los mas valientes, se les expondría en todas las ocasiones de mayor peligro, sin dejarles ninguna parte en la gloria.

Si se hallaba con comerciantes y otros particulares, clamaba contra la injusticia de los Españoles, que habian arruinado Lisboa y todo el Portugal, trasladando á Cadiz todo el comercio de las Indias: hablábales de la miseria extrema á que se veian reducidos bajo una dominacion tan tiránica, y de la felicidad de los pueblos (1) que tan generosamente se habian librado de ella.

Finalmente hacia recordar al clero las muchas ocasiones en que habian sido violados sus privilegios y las inmunidades de la iglesia; que los beneficios y dignidades mas considerables del reyno eran presa de los extrangeros en vez de servir de justa recompensa al mérito y á la capacidad de los naturales portugueses.

Con los que él sabia que estaban descon-

(1) Los Holandeses y los Catalanes.

tentos, hacia caer hábilmente la conversacion sobre las calidades de su amo, para sondear las inclinaciones. Quejábase de la ociosidad en que este príncipe parecia abismado; que era bien sensible que el único que podia remediar eficazmente tantos desórdenes, tubiese tan poco afecto por su pais, y aun tanta indiferencia por su propia grandeza : si notaba que estos discursos hacian impresion, se propasaba hasta adular algunos con el título de restauradores de la patria, excitaba la indignation de los que habian sido maltratados por los Españoles, dejando ver á todos grandes esperanzas en el cambio del estado. Supo manejar tan felizmente los espíritus, que despues de haberse asegurado de muchos en particular, reunió en fin un número considerable de nobleza á cuya cabeza se halló el arzobispo de Lisboa.

Este prelado era de una de las mejores casas del reyno (1), sabio, hábil en los negocios, amado del pueblo, pero aborre-

(1) De Acuña.

cido de los Españoles á quienes recíprocamente aborrecia porque preferian al arzobispo de Braga (1), hechura de la víreyna, que le habian hecho presidente de la cámara de Opaco, dándole alguna parte en los asuntos del gobierno.

Entre las personas de calidad que formaron aquella asamblea se distinguia Don Miguel de Almeida, anciano venerable, que por su mérito se habia adquirido una consideracion extraordinaria; gloriábase de amar mas á su patria que á su fortuna, y estaba indignado de verla como reducida á la servidumbre por unos usurpadores. En estos sentimientos se habia mantenido toda su vida con el mayor valor y firmeza, sin que las súplicas de su familia ni los consejos de sus amigos hubiesen podido obligarle á iral palacio y hacer la corte á los ministros de España, á los cuales se habia hecho muy sospechoso con este teson. Así fué el primero en quien Pinto puso los ojos para declararse abiertamente, sabiendo

(1) Don Sebastian de Matos de Noroña.

bien que no corria ningun peligro con un hombre de tal carácter que era ademas de un gran peso para atraer la nobleza á su partido.

Hallábanse tambien, Don Antonio de Almada, amigo íntimo del arzobispo, con Don Luis su hijo, Don Luis de Acuña sobrino de este prelado y marido de la hija de Don Antonio de Almada; el montero mayor Mello, su hermano Don Jorge, Pedro Mendoza, don Rodrigo de Saa, gran camarlengo, y varios oficiales de la casa real cuyos destinos habian quedado en títulos inútiles desde que el Portugal habia perdido sus reyes.

El arzobispo, naturalmente elocuente, hizo á la asamblea una horrorosa pintura del estado del reyno, desde que los Españoles eran dueños: manifestó que Felipe II para asegurar su conquista, habia hecho perecer un gran número de nobles; que no habia perdonado á los eclesiásticos, siendo un buen testigo de esto, aquel famoso breve de absolucion (1) que habia

(1) Conestagio.

obtenido del papa despues de haber hecho morir dos mil clérigos y religiosos, por asegurar su usurpacion. Que desde aquella época aciaga, los Españoles no habian cambiado de política, sino que, bajo varios pretextos, habian hecho perecer muchas personas de mérito cuyo único crimen era el de amar demasiado su pais; que no habia nadie en la asamblea cuya vida y bienes estuviesen en seguridad; que la nobleza era despreciada, los grandes separados del gobierno, sin empleos ni consideracion; que la iglesia no habia tenido sino indignos ministros desde que Vasconcellos empleaba los beneficios en recompensar sus amigos; que el pueblo estaba abrumado con impuestos, las campiñas sin labradores y las ciudades desiertas con tantas exacciones de soldados para enviarlos á Cataluña. Que las órdenes recibidas para hacer salir á la nobleza bajo pretexto del bando, eran el último golpe de política del ministro que queria deshacerse de los gentil-hombres, único obstá-

culo en el reyno á sus perniciosos designios; que el menor mal que podia sucederles era el de un largo destierro, que envejecerian como desgraciados extrangeros en el fondo de la Castilla, mientras que otras familias se apoderarian de sus bienes como de un país de conquista; que la funesta idea de tantas desgracias le haria desear la muerte antes que ver la entera ruina y destruccion de su país, si no esperase que tantas personas de mérito no se habrian reunido inútilmente.

Este discurso renovó en la asamblea el sensible recuerdo de los males que sufrían; todos se apresuraban á citar egemplos de la crueldad de Vasconcellos : los unos habian perdido sus bienes por sus injusticias; á otros les habia sacado de sus gobiernos y cargos hereditarios, para poner en ellos á sus apasionados; muchos habian gemido largo tiempo en las prisiones para satisfacer á las sospechas de los Españoles; y algunos suspiraban todavía sus parientes, hermanos ó amigos detenidos en Madrid

ó enviados á Cataluña como rehenes desgraciados de la fidelidad de sus compatriotas; en fin no habia ninguno que no encontrase en el interes general una injuria particular que vengar. El viage de Cataluña excitaba sobre todo su cólera é indignacion, pues veian que no tanto la necesidad que la corte de España podia tener de sus socorros, como el intento de arruinarles, era lo que habia promovido tan largo viage, cuyas consideraciones unidas á la esperanza de vengarse de los ultrages que habian recibido, acabaron de determinarles á tomar medidas para sacudir su yngo que les era insoportable, y no divisando ningun alivio á sus males, se echaban en rostro su paciencia como una cobardia y una bajeza, convinieron en finen la necesidad urgente de hechar los Españoles; pero se dividian en cuanto á la especie de la forma de gobierno que debian elegir.

Una parte de la asamblea estaba por un gobierno republicano semeiante al de la

Holanda, la otra parte queria un rey; mas unos proponian al duque de Braganza, otros al marques de Villareal y otros en fin al duque de Aveiro, todos tres de la sangre real de Portugal; cada cual tomaba su partido segun su inclinacion y sus intereses particulares. El arzobispo, que estaba por la casa de Braganza, se sirvió hábilmente de toda la autoridad de su carácter para demostrarles enérgicamente que la eleccion del gobierno no era arbitraria; que no podian en conciencia romper el juramento de fidelidad que habian prestado al rey de España, á no ser para hacer justicia al legítimo heredero de la corona; que todo el mundo sabia que esta pertenecia al duque de Braganza, y que así era preciso obter entre reconocerlo por rey ó quedar para siempre bajo la dominacion de la España.

Despues manifestó el poder, las riquezas, y el número considerable de los vasallos de este príncipe que comprendia casi la tercera parte del reyno; que si no

le tenian á la cabeza, no podian salir bien con la empresa de hechar á los Españoles, y que aun euando no tubiese tantos derechos á la corona como primer príncipe de la sangre, debian ofrecérsela para comprometerle. De ahí pasó á sus buenas calidades, ponderó su prudencia, su discrecion y sobre todo la bondad y dulzura que se advertian en su conducta; en fin supo conducir los ánimos con tanto acierto, que los trajo á todos al punto de sus deseos, conviniendo antes de separarse que se trataria de empeñar al duque en el proyecto. Disolvióse la asamblea, despues de haber acordado los dias y horas que se reunirian para deliberar sobre los medios de facilitar un pronto y feliz resultado.

Viendo Pinto los espíritus tan bien dispuestos en favor de su amo, le escribió secretamente de acercarse hácia Lisboa á fin de animar los conjurados con su presencia, y de tomar con ellos las medidas precisas para la egecucion del plan. Este